

LA EXTRAÑA POETICA DE TOMAS DIAZ BARTLETT

POR MARGARITA PAZ PAREDES

Sólo el que ha sufrido mucho conoce la alegría, sólo el que ha sido probado vislumbra la virtud suprema de la gracia. Tiene obligación de señalar a los hombres la elevación por el sufrimiento.

STEFAN ZWEIG

Un hombre común y corriente tiene los sentidos tan habituados a las sensaciones de lo natural, que no sería posible situarlo entre la ola mágica, que baña y envuelve lo cotidiano más intrascendente con una espuma milagrosa, para llevarlo al ámbito sagrado de la poesía.

El poeta es un iluminado, un instrumento de lo sobrenatural, que lo hace descubrir al ángel súbito entre los cortinajes del crepúsculo, en el pétalo desprendido de la aurora, o en los pliegues misteriosos de la noche, sin que llegue nunca a saber el origen cierto de tal maravilla.

No importa la desolación que sacuda al hombre en determinado momento: cuando lo toque la vara encantada de la poesía, toda ceniza encenderá su pequeño rescoldo y la flama iluminará las tinieblas.

Dolor, soledad, esperanza, son acordes de la armonía universal; ropajes intangibles del sustantivo excelso: poesía o luz. La luz es el imán. Vamos hacia ella torpemente, ciegos, mudos y angustiados. Sólo cuando dejamos atrás la propia miseria y el júbilo de la herida poética nos toca el corazón, hondo entusiasmo se posiona del espíritu y suena en los ámbitos el coro de Aleluya. Lo podemos oír en el ritmo minúsculo de la hormiga, en el vuelo del pájaro, en la risa del niño, en el rodar de los astros, en la palabra conmovida del poeta. "La palabra mortal y pasajera que se convierte, por la belleza y el fervor infinito, en eternidad."

Ese fervor con que hace poco nos conmoviera un joven poeta, o un "poeta repentino", al decir de Carlos Pellicer: Tomás Díaz Bartlett.

Acaba de serme entregado su primer libro de poesía: *Bajamar*, donde el "vidrio" adquiere consistencia aérea, acuática y vegetal, dentro de una sensibilidad de trópico húmedo y gemebundo valle.

*En el bosque del tiempo
aún estaban sin número los años...
Fué un primer surtidor,
una palmera de aguas que estrenaba luceros...
Era su afán de playa por la espuma,
impaciencia de mar para ser ola,
y descendió la escala de sus vidrios
derramando sus loros,
rodando su aceituna
y lamiendo el brocal de las distancias*

*¿Por qué rodar los cantos como el río
con esa sensación de aguas perdidas?
¿Por qué tocar la orilla con el dedo
y dejarle la yema entristecida?*

*Hoy, se me ha vaciado ya
toda la vista
y el corazón de nauta
quedó inútil...*

Días después de su regalo lírico tuve el gusto de hablar con el poeta. Como no le es posible salir, llegan a su cuarto jóvenes entusiastas, poetas y escritores que desean conocerle personalmente. Casi a diario lo visitan Carlos Pellicer y Germán Pardo García. Gran bondad y extraordinaria poesía son la dádiva cotidiana de estos maestros. También dejan oír su voz los jóvenes poetas Lizandro Chávez Alfaro y Horacio Espinosa Altamirano. Otras tardes Vicente Magdaleno habla de literatura americana. Llegan Manuel Mora y su compañera Carmen, ambos poetas. El cuarto de Tomás es noble refugio de la poesía y la amistad. El habla y el calor de su palabra encendida conmueve y fortifica. El río desbordado de su entusiasmo contagia los corazones. Dotado de un finísimo espíritu, no podía menos que "herirlo el rayo poético". De esa herida le sube la llama divina que todo purifica.

Habla de su mundo apenas recién descubierto; de ese mundo mágico, donde la emoción de una palabra o la intuición de un prodigio, eleva a los mortales muy cerca de Dios.

Nacido en Tenosique, Tabasco, guardó el poeta en su recuerdo el color y la gracia de su pueblo. Ahora despierta el rumor dormido de su primer canción:

*Su costado de vidrio peregrino
me retrató un momento:
asomado en cuclillas
como emulando el cuadro
que allá en la cabecera de mi lecho,
tenía el Ángel de la Guarda
a dos párvulas vidas protegiendo.*

Niño aún, abandonó su Tabasco natal y recorrió los muelles yodados de Veracruz, donde el eco del mar abrió caracoles en sus sueños infantiles.

El Valle de México se iba agrandando y el horizonte era como una lejana humareda. Estuvo en Toluca, donde estudió literatura guiado por dos maestros de grata memoria: Horacio Zúñiga y Perera Castillo. En las noches invernales buscaba refugio en la biblioteca de su tío, el ilustre abogado don Manuel Bartlett. Fué entonces cuando descubrió, lleno de asombro, el misterio de la poesía. Lo deslumbraron los poetas franceses. Leyó ávidamente a Mallarmé, Valéry, Francis Jammes, Paul Gaudy, Rimbaud...

"Yo sentía al leerlos —nos ha dicho Tomás— una emoción misteriosa que no podía desentrañar y que muchas veces me llenaba de pavor."

Lejos estaba todavía el ángel iluminado.

"Me atenaceaba el deseo de llegar a escribir un poema alguna vez —confiesa el poeta— y al mismo tiempo me atormentaba la certeza de que no llegaría a escribirlo."

El Valle de México, transparente y solar, se iba posesionando de su espíritu. La poesía del gran López Velarde tocó lo más hondo de la sensibilidad del tabasqueño.

"Velarde fué mi primera desesperación. La segunda, Lorca..."

Desesperación por aprisionar la intangible poesía que se escapaba por los postigos abiertos de los luceros.

La voz de nuestro amigo se hace cada vez más cálida.

"Leí cuanto libro de poesía caía en mis manos. Después descubrí —oh maravilloso descubrimiento— a Carlos Pellicer."

Pero había que andar un poco más. Ejercía ya su profesión de médico en la capital. Extraña las espinas del dolor ajeno, y él mismo no pudo sustraerse a su contacto.

Siempre amenaza al hombre un clima de desolación en que parece que un abismo se abre bajo sus pies. Pero no se sabe de dónde surge la fuerza increíble que, de pronto, acerca el horizonte para que sobre su antena dorada descanse la angustia, salte el leve muro y la conduzca al mundo del prodigio.

Tomás Díaz Bartlett vive intensamente su poesía. Es como una estrella en un cielo frío y desolado; como una antorcha ardiendo bajo la lluvia pertinaz.

Hace apenas un año que la poesía clavó su dardo de luz en el costado del autor de *Bajamar*. Desde entonces ese huésped divino vive en su pecho como en antigua morada. Cada nueva aurora va internándose más y más adentro en el diapason de su sangre enamorada:

*¡Oh qué cruz de destinos!
Tú que llevas las manos empapadas de ausencia,
yo que llevo las sombras de los cuervos agónicos
sobre hielos nocturnos.*

*Yo que llevo la sombra de las noches heridas,
las heridas en sombras,
la conciencia obstinada sobre el yunque del hielo
y el enorme vacío,
el enorme vacío de tu nombre ya suelto.*

UN LIBRO IMPORTANTISIMO

TEORIA GENERAL DEL DERECHO Y DEL ESTADO

por

HANS KELSEN

Traducción española del Lic. Eduardo García Máynez

438 páginas

\$ 20.00

Haga sus pedidos a la

LIBRERIA UNIVERSITARIA

Justo Sierra 16.

México, D. F.